

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Lo que dice un obrero católico

Señor director: Tenga la bondad de leer estas líneas, y si las juzga útiles puede usted publicárlas.

Podemos asegurar que atravesamos un patente castigo de Dios, muy parecido al de la torre de Babel. Entonces los hombres idearon la construcción de una torre para escalar el cielo; ahora, por siglos, han venido forjando sistemas para hacer de la tierra, cielo; entonces, Dios le castigó con la confusión de lenguas, que vino a frustrar su sacrilego proyecto, ahora los castiga con toda evidencia, a otra confusión más desastrosa, a la locura, al choque de ideas extravagantes, y de sentimientos pervertidos; entonces, cada grupo de gentes, hubo de echar por un lado; ahora esos grupos caen unos encima de otros, en vesánica impulsión de aniquilamiento.

Yo soy un pobre hombre que veo claro el castigo y veo claro también el remedio. El cielo en la tierra, riéndose de todo lo sobrenatural, lo ponen los hombres en la satisfacción de todos los gozos materiales por la riqueza; la cuestión es ser ricos para poder gastar en esos gozos, sin mirar los medios y las explotaciones industriales, en donde los dueños del dinero estrujaron a los trabajadores, y el comercio sin conciencia, que ha venido enriqueciendo, por los métodos del acaparamiento y de agio, a unos cuantos, a espensas de la necesidad de los demás.

Los oprimidos, con el mismo ideal del goce material, con el mismo odio a lo sobrenatural que lo condena, bien aprendida la lección discurren la fórmula simple de de exacta distribución del bienestar, haciendo común la riqueza y todas sus fuentes por ser el Estado en nombre de la sociedad, el único propietario (obreros socialistas), o la sociedad misma (obreros comunistas, sindicalistas anarquicos).

La vida relajada de los ricos también sirvió de espejo a los humildes. Aquellos, para satisfa-

cer su concupiscencia, tendieron a destrozarse la vieja familia cristiana con el divorcio; éstos, con sus distintas tendencias siendo incompatible la familia con su negación de la propiedad privada, sustituyéronla por el amor libre; unos, los socialistas entregando al Estado la ordenación de la propagación de la especie, y otros, los comunistas, dejándola sin regla.

El capitalismo antirreligioso, licencioso y agarrado a una propiedad tiránica, ha dado como fruto el socialismo y el anarquismo antirreligiosos, enemigos de la familia y de la propiedad, por la dictadura estatal obrera o por la anarquía.

He aquí el resumen de las aberraciones antisociales, que han llegado a su choque álgido en el mundo y que lo preparan tremendo en nuestro país.

Flota en el ambiente una semi-verdad que, como todas las semi-verdades, es peor que una mentira; se reproduce y rueda por la Prensa. Es el señor Argente, por ejemplo, el que hace unos días la insinúa en el 'Heraldo de Madrid'. Existe una desigualdad entre los hombres —dice— de propietarios y de sujetos al trabajo, que ha pretendido disimularse por siglos a los ojos de éstos, primero, con los aquietamientos religiosos; luego, con la legislación de una falsa igualdad política; pero que realmente no se puede zanjar sino con una verdadera igualdad económica, que conceda a los hombres de libertad, que sólo puede ser hija de la independencia, y las nuevas ideas comunistas van a conseguirlo...

No he de prolongar estas disquisiciones; el hecho es que el capitalismo lucha por sostener su carácter y sus privilegios, y el socialismo y el anarquismo detrás de la igualdad económica, alzan su bandera contra Dios, contra la familia y contra la propiedad.

El socialismo, más doctrinario que el sindicalismo anárquico, sin dejar de aprovechar las circunstancias para procurar sus ideales con convulsiones revolucionarias, va convirtiendo en su favor las leyes y el Estado; pero el sindicalismo comunista anár-

quico desdeña aquellas leyes y ese Estado y se lanza a conseguir sus propósitos por la acción revolucionaria, lo que él llama acción directa: el *sabotage* (violencia en las personas y destrucción de las cosas) y la huelga general.

Colocados los obreros católicos entre esas corrientes del capitalismo (abuso de los propietarios), el socialismo y el sindicalismo, claro está que hemos de condenarlas como errores funestísimos para el buen orden y la prosperidad social. Sin el temor de Dios, como lo impone la Religión católica, los hombres, cualquiera que sea su condición, han de rebajarse a la cualidad de fieras, como lo dicta la razón y lo comprueban los hechos; la sustitución de la familia cristiana por el amor libre es un atentado a la racionalidad y espiritualidad del hombre, a su digna independencia, a la recta crianza de los hijos en la cual por nada puede sustituirse el amor paterno; una podredumbre social, un ataque a la natural textura de la sociedad a abolir la propiedad privada equivale a privar de vida a la familia; es desconocer que el hombre racional ha de ser, naturalmente, previsora de sí mismo y de sus responsabilidades familiares y sociales.

Mas esa misma necesidad de reconocer y respetar en todos el derecho a la previsión y a concretar, por consecuencia, en propiedad particular el fruto de su actividad, es la que ha de limitar el ejercicio de esa propiedad no consintiendo acrecentarla con el provecho que corresponda a otro; esa misma necesidad es la que, reconociendo la propiedad, es freno moral a los abusos de ella, del capitalismo.

Y una autoridad socialmente establecida para garantizar estas afirmaciones ha de dar como resultado evidente la paz y la prosperidad generales.

¿Que hay que librar al hombre de las tiranías de las propiedad presente? ¿Que hay que garantizarle la digna independencia?

¿Quién lo duda? Pero es haciéndose simple rueda de la máquina social comunista, desde el nacer hasta el morir, o afirmando su individualidad, en la familia, y en la propiedad privada justa, en un Estado que lo garantice, en que la autoridad procure que cada uno tenga lo suyo y todos ayuden al desgraciado?

Maura ha caído del poder cuando iniciaba este movimiento con su decreto de clasificación de las industrias y su proyecto de ley de la Sindicación forzosa, acogido por los sindicalistas revolucionarios con estruendosas protestas, porque aparta del mangoneo de los obreros a los agitadores profesionales, esos agitadores que engañan al pueblo, pretendiendo hacerle creer en las bienandanzas de Rusia, donde se han suprimido la Religión, la familia y la propiedad, cuando lo cierto es que allí una minoría audaz, como aquí ha impuesto al pueblo el trabajo de hacer la revolución, lo tiene a ración de hambre y ha de buscar los elementos industriales fuera, porque en Rusia se ha paralizado la producción.

Yo creo que los obreros católicos nos incumbe en estos instantes una misión salvadora en bien de todos, y es la de constituirnos en fuerza para hacer comprender a todos, ricos, obreros y autoridad, sus derechos y deberes; para determinar a la autoridad a que establezca organismos como el ideado por el señor Maura, que den a cada uno lo suyo, para ayudarla en ese camino para agrupar con nosotros a los obreros engañados, que siguen a los socialistas y sindicalistas, y que son inconscientes instrumentos de éstos para una revolución en que serian ellos los primeros perjudicados; para exigir a la propiedad y al capital la debida consideración al trabajo, su justa retribución, el respeto a su propiedad.

Eso lo hemos de hacer difundiendo nuestros Sindicatos católicos, nuestras Uniones obreras en todos los pueblos, independientes de toda presión patronal; esas son las Bases del Cardenal Primado; nada de Sindicatos mixtos para arreglar las condiciones del trabajo, nada de Circulos, nada de Sindicatos Agrícolas donde estemos mezclados con los patronos. El Sindicato Agrícola es una institución muy benemérita, muy laudable, donde podremos estar para la mutualidad y la cooperación; pero no nos sirve para nuestra actuación obrera frente a los intereses patronales y obreros, opuestos a los nuestros. Eso lo debemos hacer estrechando nuestras organizaciones de obreros con las de la misma clase de obreros, en una fuerte Confederación, como asimismo recomienda el eminentísimo Cardenal Primado...

Un obrero católico.